

La novela que le ayudará a resolver todos sus problemas



HAPPINESSTM

WILL FERGUSON

«Una sátira divertida sobre la industria de la autoayuda y la obligada lectura.»

Jonathan Coe

La felicidad. Eso es lo que buscan todos los seres humanos. Pero ¿qué ocurriría si la alcanzaran? Seguramente, los engranajes de la civilización occidental se paralizarían, las personas dejarían de perseguir sus variopintos objetivos y el universo se encaminaría al caos. Edwin de Valu, un cínico y pesimista editor que lleva a cuestras su rutinaria vida lo peor que puede, llega a su despacho y, como todas las mañanas, su primera visión son los incontables originales enviados a la editorial Panderic Inc., por anónimos aspirantes a escritores. Entre las innumerables e infumables muestras de mala redacción, Edwin se topa con una extraña obra. Según su autor, es el libro de autoayuda definitivo, el que permitirá a las personas encontrar su equilibrio interior, superar sus problemas y mejorar en todos los aspectos de su vida, desde el sexo hasta la ortografía, desde el peso hasta la economía.

Evidentemente, y sin perder un solo segundo de su valioso tiempo, Edwin tira el libro a la papelera. Sin embargo, por una de esas extrañas casualidades de la vida, «*Lo que aprendí en la montaña*» se acaba publicando y alcanza un éxito sin precedentes. Y ese es el principio del fin. En efecto, todo el mundo consigue llegar a la paz absoluta. Tanto, que los hombres y mujeres de Norteamérica se convierten en seres bobalicones y superficiales sin nada por lo que luchar. Edwin, el insignificante y malcarado editor, es el único que puede salvar a la humanidad, devolviéndole aquella perpetua insatisfacción que la hacía tan encantadora.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

Happiness™

Agradecimientos

Caveat emptor

Primera parte. La vida en Grand Avenue

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Segunda parte. El fin del mundo (tal como lo conocemos)

22

23

24

25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

Tercera parte. Ragnarók

45
46
47
48
49
50
51
52

Epílogo

Notas

Estados Unidos es una enorme conspiración para hacernos felices.

JOHN UPDIKE

Agradecimientos

Desearía dar las gracias a mi agente, Carolyn Swayze, por su apoyo y entusiasmo, y también a la agente de promoción Terrilee Bulger, que hizo de pasada el comentario que inspiró la idea para este libro.

Gracias asimismo a Mark Olson, que me proporcionó un sitio donde esconderme mientras escribía la primera versión de esta novela. Y mi más sincera gratitud a la responsable de la producción del libro, Shannon Proulx, por los servicios prestados por encima y más allá del cumplimiento del deber. Y por último, pero no por eso menos importante, desearía dar las gracias a mi editor, Michael Schellenberg, que en modo alguno —me apresuro a añadir— fue el modelo en que me inspiré para el personaje de Edwin.

Caveat emptor^[*]

(Una especie de descargo de responsabilidades)

Este libro trata sobre el fin del mundo y, como tal, aborda temas como los recetarios dietéticos, los gurús de la autoayuda, los presos que se arrastran por las alcantarillas, los editores desbordados por el trabajo, el hundimiento económico de Estados Unidos de América y la generalización del cultivo de alfalfa. Y creo que, además, uno de los personajes pierde un dedo en algún momento. Ésta es la historia del apocalipsis: *Apocalypse Nice*^[1]. Cuenta una devastadora plaga de felicidad humana, una epidemia de cálidos y atolondrados abrazos, y una misteriosa caravana al borde de un desierto...

Podría ser peor. La versión original de este manuscrito concluía con una invasión militar a gran escala de Estados Unidos por parte de un ejército de canadienses franceses. Tal cual. Pero mi impasible editor me obligó a suprimir íntegramente esa subtrama, lo cual nos lleva al quid de la cuestión: los editores, ¿un mal necesario o una mala necesidad?

Happiness™ empezó hace dos años y medio. El punto de partida fue un comentario a la ligera de una agente de promoción editorial en respuesta a una observación mía, a saber, que los autores de libros de autoayuda eran siempre las personas más desequilibradas que uno se encontraba en cualquier gira de presentación. La agente en cuestión contestó, de pasada: «Te diré algo. Si alguna vez alguien escribiera un libro de autoayuda realmente útil, nos veríamos todos en un grave problema». Se refería al mundo de

la edición en general, pero mientras su comentario resonaba aún en mi ya revuelto cerebro, comprendí que las repercusiones eran mucho peores de lo que ella había imaginado. Si alguien escribiera alguna vez un libro de autoayuda realmente útil, un libro que remediara nuestros males y erradicara nuestros malos hábitos, las consecuencias serían catastróficas.

Me llevó otros dos años reducir la idea a su forma actual. Aun mientras me las arreglaba para simultanear otros encargos y trabajaba en guías de *hockey*, volvía continuamente a esta única idea central, reelaborándola, reescribiéndola, reestructurándola. En cierto punto, los personajes del libro dieron un golpe de Estado y tomaron completamente el control. Empezaron a dictarme cómo se desarrollaría la narración, o sea, que no asumo responsabilidad alguna por lo que hacen Edwin, May o los demás.

Este libro es una obra ficticia. Todo en él es fruto de la invención. Que yo sepa, no existen cosas tales como los árboles de Shilo, ni los MK-47, ni las balas con punta de magnesio. Los términos latinos con los que Edwin bromea son auténticos, como lo son también las diversas teorías de la autoayuda planteadas. Son igualmente auténticos los «intraducibles» que aparecen. Algunos proceden de mis propias notas, tomadas durante mi etapa en Asia, pero en su mayor parte han salido del extraordinario léxico de Howard Rheingold, *They Have a Word for It*. Y puede decirse que ahí termina lo real. El resto del libro es una mentira.

Conviene tener en cuenta que *Happiness™* transcurre en el futuro: el futuro cercano. O digamos, más bien, dentro de unos diez minutos.

Primera parte
La vida en Grand Avenue

1

Grand Avenue atraviesa el corazón mismo de la ciudad, desde la calle Setenta y uno hasta el puerto, y pese a sus ocho carriles de anchura, con un paseo arbolado en el centro, la avenida produce una sensación de estrechez y claustrofobia.

A ambos lados, elevándose rectos y verticales, están los imponentes edificios eduardianos de Grand Avenue, que con sus fachadas crean dos muros ininterrumpidos. Muchos de estos bloques se construyeron durante el *Gran Boom* de la Potasa de finales de la década de los veinte, con todo lo que eso implica: los lúgubres detalles ornamentales propios del capitalismo calvinista, un aire torpe y deprimente. Edificios sin risa. Desde las alturas, allí donde se sientan los ángeles, Grand Avenue ofrece sin duda un aspecto magnífico, un auténtico escaparate de sobriedad arquitectónica. Pero abajo, al nivel de la calle, el panorama cambia mucho: ruidosos carriles salpicados de basura, cubiertos de polvo, llenos de humo de los tubos de escape y taxis airados, de pordioseros locos y errabundos y oficinistas apresurados. Un mundo en continuo bullicio, donde el ruido reverberante del tráfico retumba entre los edificios en un fragor continuo y cacofónico. El ruido es aquí una presencia eterna. Sin lugar a donde ir ni modo de escapar, queda atrapado en una perpetua onda estacionaria, una interminable retroali-

mentación de estrépito urbano. Interferencia estática de los dioses.

Pero si la sensación dominante desde las alturas es visual y a nivel de la calle es auditiva, en las profundidades del Bucle es el sentido del olfato el más saturado y el más ofendido. Aquí, en un miasma de gases, los trenes traquean atronadoramente en una infinita banda de Moebius hecha de trabajo, sudor, sal y dinero sucio. Un tiovivo donde los caballos padecen de enfisema, la pintura se desconcha y el hedor de la halitosis y los olores corporales circula en untuosos remolinos a través del aire, en el aire: es el aire. Cuerpos inhalando dióxido, reciclando desechos, apiñados en formación de cuña, ya pegajosos: son las aglomeraciones de la hora punta de la mañana. En la ciudad, el estrato inferior, el nivel más bajo, es el de los olores.

Edwin Vincent de Valu (alias Ed, alias Eddie, alias Edwynne en su época de lector de poesía en la residencia universitaria) sale del metro en la esquina de Faust y Broadway como un topo entre las encumbradas paredes de un cañón. En Grand Avenue, la lluvia está sucia antes de llegar al suelo. En una ocasión Edwin capturó una solitaria gota en el dorso de la mano, se detuvo y se maravilló ante aquella aislada partícula de agua, manchada ya de hollín.

Edwin es un joven flaco y artificioso, con el digno andar de un espantapájaros y un pelo de color paja seca que se niega a quedarse a un lado. Incluso cuando se viste con un abrigo de marca y unos lustrosos botines Dicanni de caña vuelta, Edwin de Valu posee una singular falta de presencia. Una falta de sustancia. Es un hombre de poco peso en todos los sentidos, y casi sucumbe arrastrado por el tumulto de viajeros que cada mañana llegan a la ciudad procedentes de las afueras. En el darwinismo urbano de la hora punta, Edwin ha de forcejear sólo para mantenerse a flote, ha de realizar un esfuerzo sobrehumano sólo para asomar la cabeza por encima de la riada. Nadie, y menos aún el propio Edwin, habría sospechado jamás que sobre sus estre-

chos hombros pronto recaería la responsabilidad del destino del mundo occidental.

En Grand Avenue, el trasfondo de leche agria y orina rancia propio del lado este de la ciudad, tan crónico que uno empieza a saborearlo con la punta de la lengua, saludaba a Edwin como una familiar bofetada. Como un *leitmotiv* trillado. Una metáfora de otra cosa. De algo peor.

Mientras Edwin cruzaba Grand Avenue, en masa junto con una muchedumbre de chaquetas arrugadas, camisas húmedas y maletines chirriantes, y mientras el tráfico reverberaba alrededor en forma de ruido blanco y los nauseabundos olores de la ciudad flotaban en su estela..., miró a lo alto, allí donde el Sol de la mañana iluminaba el borde superior de los edificios, un burlón resplandor inasequible y casi invisible. Y pensó, como pensaba todos los días en ese preciso lugar y en ese preciso momento: No soporto esta jodida ciudad.

Pese a sus fachadas arquitectónicas y sus pretensiones históricas, Grand Avenue es poco más que una apilotada colección de archivadores, alineados, encajonados, uno tras otro, incesante y casi interminable. En el interior de estos archivadores se encontrarán agencias de publicidad, asesores financieros, talleres con trabajadores en condiciones inhumanas y desarrolladores de *software*, esquemas piramidales y sociedades de inversión, pequeños sueños y grandes sueños, ejecutivos y peones, cafeterías de plástico y anónimas aventuras amorosas, contables, abogados, contorsionistas y quiroprácticos, financieros y charlatanes, analistas de sistemas, vendedores de cosméticos y agentes de bolsa: palestras de lo absurdo y circos autoanulatorios de deseo no correspondido.

Todo esto y mucho más se encontrará archivado en Grand Avenue. Pero, más importante aún, se encontrarán editoriales, una vertiginosa procesión de editoriales: algunas poco más que un nombre en una puerta, otras, piezas de colosales imperios del multimedia; algunas responsables

del lanzamiento de grandes carreras literarias, otras responsables de Sidney Sheldon... y todas ellas aferradas al caché de unas señas en Grand Avenue.

Las editoriales se infiltran en Grand Avenue como larvas de termita. Ocultas en el laberinto de cubículos y pasillos que se extiende tras las lúgubres fachadas eduardianas, se encontrarán docenas y docenas de dichas editoriales, agitando su ciénaga de palabras, removiendo el limo, criándose en cautiverio. Aquí, se amontonan a gran altura los originales, se acumulan grandes pilas de papeles supurantes. Aquí, se sientan hacinados hombres sin sentido de la elegancia y mujeres sin maquillar, con afilados lápices azules en mano, rasgueando, rasgueando, rasgueando incesantemente sobre las descomunales efusiones de la más egotista de las criaturas: el escritor.

Éste es el vientre de la bestia, el estómago ulceroso del mundo editorial de la nación, y Edwin de Valu, cruzando Grand Avenue camino de su cubículo en Panderic Books Incorporated, está justo en el cenagoso centro del lodazal.

Panderic Inc. ocupa uno de los lugares más altos en la cadena alimentaria. No pertenece al gran conciliábulo, no es Bantam ni Doubleday quizás, pero desde luego le da cien vueltas a otras editoriales de tamaño medio. Es decir, Panderic no tiene ningún John Grisham ni Stephen King en su catálogo, pero sí tiene a un Robert James Waller o dos. Cada temporada, Panderic publica todo un programa, no de libros sino de «títulos» (en la jerga del sector, los libros se reducen a su vaporosa esencia): títulos que van desde las dietas de moda entre las celebridades hasta mamotretos góticos de vampiros. Panderic saca más de doscientos cincuenta títulos al año. Apenas recupera la inversión en la mitad de ellos, pierde dinero en más de un tercio y obtiene un módico beneficio en el puñado restante. Esos títulos mágicos, esos pocos libros rentables, consiguen de algún modo alimentar la desafortunada expansión de la empresa. En

el mundo de la edición norteamericana, Panderic se considera un negocio saneado.

Si bien la especialidad de Panderic es la no ficción y las novelas de género, de vez en cuando y básicamente por casualidad se cuele una auténtica obra maestra, un libro tan falto de humor y de ritmo, tan plúmbeo y plagado de arcanos, que uno sabía ya de antemano que tenía que ser Gran Literatura. Fue Panderic, al fin y al cabo, quien primero publicó *El nombre del tulipán*, una «novela de misterio intelectual» ambientada en un convento de monjas medieval de Bastilla, cuyo héroe era un matemático de mediana edad. El autor, un matemático de mediana edad convertido en semiótico, entró con aire altanero en las oficinas de Panderic, les arrojó el voluminoso original como si se tratara de una invitación a un duelo y declaró que su obra era el no va más de la «hiperautenticidad posmoderna». Acto seguido abandonó el despacho e inició una carrera a jornada completa como aforista y disertador (500 dólares el aforismo, 6000 dólares la disertación). Todo esto a pesar de que no había concebido una sola idea lúcida en toda su vida, o quizás debido a ello. El mundo editorial es ciertamente una industria extraña. Y como Ray Charles dijo en una ocasión: «En ninguna parte hay ni un solo hijo de puta que sepa que va a dar en el clavo».

Era a este mundo, a esta realidad hiperauténtica y posmoderna, al que estaba llegando Edwin de Valu.

Edwin lleva más de cuatro años trabajando en Panderic, desde que renunció a su inicial proyecto de convertirse en *bon vivant* profesional. (Resulta que las oportunidades escaseaban en la categoría de *bon vivant*). Edwin trabaja en la decimocuarta planta del número 813 de Grand Avenue, en el Departamento de No Ficción de Panderic. Hoy, como cada día, Edwin se detiene enfrente para pedir dos tazas de café en Louie (abreviatura de Puesto de Perritos Calientes y Pepinillos de Louie). En su mayoría, los editores de Panderic se inclinan por cafeterías más refinadas y chic, *oh*

la lá, pero no así nuestro Edwin. Él tiene un firme sentido del hombre corriente que lleva dentro. Ah, sí, Edwin es la clase de persona que prefiere el sencillo café de Java que sirve Louie a la mezcla de la casa, con tueste hecho a mano, del Café Croissant, la clase de persona a quien le gusta el café café. Edwin planta el dinero en el mostrador y dice:

—Quédese el cambio.

—¿Quiere unos copos de canela en su *caffé-latte mo-chaccino*, o preferiría chocolate con almendras blancas? —pregunta Louie, un puro húmedo entre los labios, barba de dos días en la papada.

Todos los días laborables de los últimos cuatro años, Edwin ha parado ante el puesto de Louie, todos los días, y nunca, ni una sola vez, Louie se ha acordado de él.

—Nuez moscada y canela —contesta Ed con hastío—. Con una pizca de azafrán secado al sol. Largo de espuma.

—Enseguida —dice Louie—. Enseguida.

En el vestíbulo del número 813 de Grand Avenue, el sonido queda de pronto amortiguado: pasos resonantes, el lejano tintín de los ascensores, el susurro de un centenar de inminentes ataques cardíacos. Sólo esto. Afuera ha quedado el continuo ruido blanco del tráfico. Afuera ha quedado la sinfonía de platillos de la ciudad.

En Grand Avenue, esto es lo más parecido a la liberación que uno encuentra.

Edwin tardó varios años en darse cuenta de que en realidad trabajaba en la decimotercera planta. En rigor, Panderic Inc. ocupaba la oficina 1407, pero eso no se correspondía exactamente con la verdad, como descubrió Edwin un día cuando por casualidad, distraídamente, advirtió que si bien la doble columna de botones dentro del ascensor *empezaba* en impar-par (1-2, 3-4, 5-6...), el orden se invertía en lo alto del panel y pasaba a ser par-impar (... 16-17, 18-19, 20-21). Sólo cuando siguió la numeración de arriba abajo se dio cuenta de qué ocurría: faltaba el 13. Esta omisión incidía en todo, alterando la secuencia comple-